Las brigadas llegaron tan fatigadas, que se hizo preciso darles dos dias de descanso, pasados los cuales, recibieron la órden de proseguir la retirada hasta San Luis. Antes de su salida, se supieron noticias de México, las que eran demasiado tristes, en razon de que comunicaban el pronunciamiento verificado contra la administracion de Farías. Grande fué el desaliento que produjeron nuevas tan desconsoladoras: los valientes que acababan de combatir con el enemigo estrangero, veian con pesar que no se olvidaban nuestras disensiones intestinas, cuando la invasion amenazaba acabar con todo, á la manera de un incendio que se propaga con rapidez en un bosque espeso y lleno de materias combustibles. La proximidad del peligro que corria Veracruz, daba nuevo pábulo á sus tristes presentimientos. La nacion acometida por el Norte, próxima á serlo por el Oriente, rumbo de fatal agüero, se daba en espectáculo al mundo, empeñando una lucha fratricida en la ciudad hermosa, á cuyas puertas tocaba ya la irrupcion de los americanos.

En Matehuala se verificó un suceso bastante notable: la prision del general Miñon. Es público que en el parte dado sobre la batalla de la Angostura, se le atribuyó la falta de no haber atacado al enemigo, segun se le habia prevenido, culpándolo de que no se hubiera obtenido un triunfo completo. Este antecedente, unido á la protesta de que ántes se hizo mencion, y á varias observaciones que en el curso de la campaña habia hecho Miñon á Santa-Anna sobre sus operaciones, irritaron al último de tal manera, que se resolvió á sujetar á un juicio la conduta del general difamado; lo mandó prender, y lo puso en rigorosa incomunicacion.

El 1.º de Marzo empezaron á salir las tropas de Matehuala, sin que desde ese dia, hasta el 8 que llegaron al Peñasco, ocurriera cosa particular. En las haciendas de la Presa y Solis se manifestaron los primeros síntomas de gratitud: sus dueños asistieron con generosa hospitalidad al ejército, proporcionando tambien alimentos adecuados para los enfermos y heridos. En el tránsito por el Venado se franquearon nuevos recursos con la mejor voluntad.

El 9 comenzaron á verificar las tropas su entrada en San Luis Potosí, en donde recibieron inequívocos testimonios de la pública gratitud. Dicha ciudad, que lo mismo que el Estado entero de que es capital, dió repetidas pruebas del patriotismo de sus habitantes, y cuya escelente conducta, imitada de pocos Estados, debe avergonzar á los que no han cumplido con sus deberes: dicha ciudad hizo al ejército un recibimiento triunfal. Los sanluiseños se esmeraron en sus obsequios, sin pararse en esfuerzos de ninguna clase, por servir con cuanto pudieron á los soldados de la Angostura.

Los restos de aquel ejército, que habian visto salir entusiasta y respetable, volvian desalentados y reducidos á un corto número. Las penalidades del camino habian influido en la nueva desorganizacion de las brigadas. Los cuerpos llegaban con muy escasa fuerza, perdido el órden y relajada la disciplina. El estado que se formó de esas tropas desgraciadas, puso de manifiesto la pérdida casi increible del ejército: las bajas que sufrió de la Angostura á San Luis, ascendieron á 10.500.

Así quedó reducida á la mitad la fuerza que se habia conducido al combate. Los estragos de la retirada fueron incalculables: los de una completa derrota en el campo de batalla, hubieran sido ménos funestos. El enemigo sacó todos los frutos de una victoria que habia perdido; y como Voltaire dice de la batalla de Lepanto, que parecia que los turcos la habian ganado, nosotros podrémos decir, que los americanos parece que ganaron la de la Angostura.

Las noticias recibidas de México obligaron al general Santa-Anna á disponer la continuacion de la marcha de parte de la fuerza, á la que solo se dieron cuatro dias de descanso. Pero ántes de que la sigamos en su movimiento, es necesario, para la inteligencia de los sucesos, echar, aunque ligeramente, una mirada retrospectiva sobre los que pasaban en la capital.

Cuando el movimiento nacional del 6 de Diciembre derrocó la administracion de D. Valentin Canalizo, sumisa pupila de Santa-Anna, éste se retiró á la Habana, lleno su corazon de sentimiento contra los que habian ocasionado su caida. Entre ellos figuraba D. Manuel Gomez Pedraza, al que declaró la guerra, reanimándose la enemistad que se profesaban hacia tiempo. Vuelto á la República, no cuidó al principio de terminar esta desagradable diferencia: solamente algun tiempo despues, personas inteligentes lo convencieron de que convenia á su política mudar de plan y contraer nuevas relaciones de

amistad con el hombre que tanto habia odiado. Resuelto, pues, á seguir tales consejos, procuró lograr una reconciliacion con Pedraza, y mandó desde San Luis á México, ántes de salir al encuentro del enemigo, al general D. Ignacio Basadre, quien traia varios encargos; pero cuya venida tenia por objeto primordial ponerse de acuerdo con Pedraza sobre la marcha futura de la política. El agente desempeñó con el mejor éxito su comision: Santa-Anna se adhirió al partido moderado, ofreciendo obrar de consuno con sus prohombres y renunciar el poder, para no pensar mas que en hacer la guerra á los americanos.

En este estado se hallaban las negociaciones, cuando recibió la noticia del pronunciamiento llamado de los Polkos. La primera idea que le ocurrió fué, que los caudillos de los moderados habian obrado con doblez para alucinarlo, y que valiéndose de la ocasion, habian efectuado un levantamiento en su contra. Santa-Anna no olvidaba el desengaño de 844: su caida en esa época era su pesadilla; así es que, creyó que el nuevo pronunciamiento era otro 6 de Diciembre. Con esta conviccion errónea, no pensó mas que en sostener la administracion de Farías; por lo que dispuso la marcha de las dos brigadas, que se destinaron luego infructuosamente para auxiliar á Veracruz, que pelearon en Cerro-gordo, pero cuyo primer destino habia sido el de ir á batir á los polkos. Llamado á México Santa-Anna, determinó presentarse en la capital, apoyado en la fuerza que desprendia del ejército del Norte.

Antes de dejar á San Luis, hizo una nueva refundicion de cuerpos, que contribuyera á restablecer el órden y vigorizar á los soldados. Dejó al general D. Ignacio Mora y Villamil en su lugar, encomendándole el mando en gefe del ejército. Llenó por despedida de insultos y ultrages á los generales y gefes que ántes habia elogiado: los llamó descuidados é ineptos, y se separó de su lado, sin dejarles otra memoria suya que esa odiosa reconvencion.

En San Miguel el Grande se le presentó el diputado D. Juan Othon, enviado por el partido puro para decidirlo contra la revolucion. Predispuesto su ánimo en contra de ella, no fué dificil la empresa: se confirmó en su idea de favorecer al gobierno, interviniendo á mano armada en la cuestion. Envió por delante á su ayudante el teniente

coronel Cadena, para que fuera á México á anunciar su llegada y orientarse sobre las verdaderas miras de los contendientes. Le encomendó muy particularmente que entregara á Lémus una carta en que le instaba á que se defendiera á todo trance, porque partidario entónces acérrimo de los puros, era un jacobino de gorro colorado.

No queriendo ir mandando las brigadas en persona, puso á su cabeza al general D. Ciriaco Vázquez, y se adelantó con sus ayudantes.

Las tropas, que tenian órden de caminar á marchas dobles, tomaron por Santa María del Rio, tardando solamente cinco dias en llegar á Querétaro.

En el pueblo de Santa Rosa, á cuatro leguas de esta ciudad, se presentó una comision de los diputados moderados, compuesta de D. Ramon Pacheco y D. Eugenio María Aguirre. Su venida tenia por objeto catequizar á Santa-Anna, influyendo para que se resolviera á patrocinar el pronunciamiento. Las razones de los comisionados algo influyeron en su ánimo, prevenido de antemano por un papel que le mandó Pedraza, en que se indicaba el sesgo dado á la revolucion: así es que comenzó á vacilar, y varió enteramente de conducta con Othon, á quien habia ántes colmado de miramientos. Hasta allí lo habia llevado en su coche; despues le hizo continuar el viaje á caballo.—El cuartel general llegó á Querétaro. El recibimiento que se hizo al general Santa-Anna, fué tan espléndido como el de San Luis Potosí. Los queretanos dieron muestras del mayor entusiasmo, solemnizando con el mas vivo júbilo la entrada á su capital, del gefe que acababa de pelear intrépidamente con el enemigo. Aquel dia fué de fiesta para toda la poblacion: en la noche hubo fuegos: se sirvió al general un suntuoso banquete, compitiendo á porfia todas las autoridades y los vecinos en agasajar á los que lo acompañaban.

Santa-Anna se encontró con que lo esperaba ya en Querétaro otra comision de los polkos, formada del general Salas, el Lic. D. Guadalupe Covarrubias y su hermano el Dr. D. José. Admitidos á una conferencia particular, hicieron presente el nuevo giro que habia tomado el pronunciamiento, el estado que guardaba, y los elementos que lo favorecian. Sus esplicaciones acabaron de decidir en su fa-

vor al general presidente, en lo que no tuvo poca parte la seguridad que le dieron de que nada se tramaba en su contra, y que ántes bien se le reconocia como primer magistrado de la República, y se le esperaba para el desenlace de la cuestion. Desde ese momento entró en el plan de los pronunciados, á cuyos enviados trató con la mas alta distincion, sin contrariar por eso al gobierno.

De Querétaro salió para San Juan del Rio. Los habitantes de esa ciudad, que siempre le han profesado una estimacion singular, lo recibieron tambien entre vivas y aplausos, festejando de todas maneras su llegada. No se detuvo allí mas que un dia: el siguiente salió para la Goleta, en cuyo punto durmió. La otra jornada se hizo á San Sebastian, hacienda de los Sres. Mossos.

No era su intencion detenerse en ella, sino seguir para México, á donde le interesaba llegar cuanto ántes; pero no faltó quien le infundiera temores del peligro á que se esponia, con ir sin tropa á una ciudad en que mas que nunca se notaba la efervescencia de los partidos. Por las observaciones que se le hicieron, juzgó imprudente intervenir sin apoyo de alguna fuerza en una cuestion que se agitaba con las armas en la mano. Determinó, pues, no moverse de San Sebastian, hasta que llegaran los húsares, á los que mandó venir apresuradamente.

Luego que llegaron, se puso de nuevo en camino para la villa de Guadalupe. Su estancia en ella le presentaba la ventaja de encontrarse muy cerca de la capital, sin correr peligro, y en disposicion de poner término á la contienda. No entra en el plan de este artículo descender al pormenor de los sucesos de entónces, ni referir el modo con que se restableció en México la tranquilidad. Solamente dirémos, que el dia siguiente al de su llegada, despues del Te-Deum que se cantó en accion de gracias al Omnipotente por el triunfo de nuestras armas, recibió el Sr. Santa-Anna las visitas de las personas mas caracterizadas de ámbos partidos, que procuraban aun atraerlo al suyo respectivo: que en la noche prestó ante una comision del congreso, el juramento que se formuló, y entró al ejercicio del poder: que polkos y puros depusieron las armas, cesando el estado de alarma en que la ciudad habia permanecido tantos dias, y que Santa-Anna entró á México con su estado mayor y los húsares.

Al atravesar las calles de la capital, la parte de los soldados de la Angostura que entraron con Santa-Anna, recibió un triste desengaño. La buena acogida que habian tenido en todas partes desde San Luis, les hacia esperar que en México no se les recibiera con indiferencia. Sin embargo, ningun testimonio de afecto vino á ensanchar su corazon: verificaron su entrada, sin que los habitantes les manifestaran estimacion ó afecto; tal vez su frialdad la ocasionaba el malestar general que habia originado una revolucion prolongada; pero sea como fuere, las tropas estrañaron que ni un viva, ni un agasajo sirviera de recompensa á sus multiplicados afanes.

Pronto aumentó su disgusto el espectáculo del entusiasmo que las familias mas principales de México manifestaban por los cuerpos de polkos, que acababan de derribar por las vias de hecho, una administracion desprestigiada y funesta, pero sin disputa legal. Al pasar para la guardia de Palacio las compañías de Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravos, las señoras mas distinguidas, las jóvenes mas bellas, arrojaban coronas de laurel y rosa, y derramaban flores sobre los soldados. Un distintivo, otorgado por una mano grata, por la mano de la hermosura, recompensaba el poco envidiable honor de haber tomado parte en una lucha intestina en momentos bien aciagos, al paso que ni una corona, ni una flor, se habian destinado para los que venian de batirse por la mas santa de las causas, con un enemigo estrangero.

La Guardia Nacional del Distrito federal dió un ejemplo funesto, pronunciándose contra las instituciones, entrando en una sublevacion cuyo objeto ignoraban muchos de los que la sostuvieron, y defendiendo un plan, que despues se varió y fué mas racional, pero en que al principio estaba muy marcado el dedo de los partidos monarquista y clerical. Para honor suyo, por fortuna de la República, como prueba evidente de la escelencia de la institucion, la Guardia Nacional del Distrito, en los dias de tribulacion para México, en esos dias en que Dios derramó toda su ira sobre sus infelices habitantes, se presentó grande, decidida y heróica: su conducta en la campaña, la intrepidez de que dió ejemplo enfrente de los americanos, borraron, sin que quedara vestigio, la mancha que habia echado sobre su bandera, y el recuerdo de su falta solo se conserva, unido al de su gloriosa repara-

cion. Los buenos patricios que la componian, deben avergonzarse hoy del trofeo indebido, que no vacilarémos en llamar la prostitucion de las coronas. Ellas hubieran sido un premio concedido al verdadero mérito, ciñendo las sienes de los defensores de Churubusco, de los combatientes del Molino del Rey; ellas no eran mas que una parodia ridícula en las frentes de los pronunciados de la Profesa, de la casa de Iturbide y del hospital de Terceros.

Mientras en México pasaban estos sucesos, desembarcaba cerca de Veracruz un ejército americano á las órdenes del general Winfield Scott, nombrado en gefe de todas las fuerzas de los Estados-Unidos, y atacaba la plaza, que tuvo que sucumbir. La necesidad de poner un dique á la invasion que amenazaba por el Oriente, habia llegado á ser urgentísima: por una falta indispensable no se habia fortificado uno solo de los muchos puntos del camino de Veracruz á México, en que una division reducida puede hacer una enérgica defensa: no se habia dispuesto, sino muy tardía é ineficazmente, que fuera alguna tropa á detener los avances del enemigo. Al ver aquella imprevision de la administracion que acababa de caer, se hubiera creido que contábamos todavía con años enteros para prepararnos á repeler la invasion que estaba encima de nuestras cabezas.

El general Santa-Anna, con una actividad digna de elogio, organizó el refuerzo que debia marchar al encuentro de los americanos: dispuso su salida de la capital, y dió órden para que las dos brigadas que venian de San Luis, sin entrar en México, cortaran por Zumpango para el camino de Veracruz. De esa suerte se privó á aquellos sufridos soldados del placer de estar un momento con sus familias, que tenian los mas en la capital: se les habia halagado con la esperanza de que entrarian en ella, y esto hacia mas penosa la órden que los alejaba. Habian llegado á muy corta distancia de México; les faltaban horas de camino para divisar las hermosas cúpulas de sus torres, cuando se les mandó seguir otra direccion, aplicándoles una especie de castigo muy parecido al que la ingeniosa mitología nos refiere que se impuso á Tántalo. Con todo, no hubo quien no se resignara con este nuevo infortunio, consintiendo en separarse de cuanto les era mas caro, para ir de nuevo á batallar con el ejército invasor.

No será inoportuno en este lugar poner la fuerza de que se compo-

nian. La brigada del general D. Ciriaco Vazquez se formó de los cuatro cuerpos ligeros y de la artillería volante: la del general D. Pedro Ampudia, del 3.º, 4.º, 5.º y 11.º de línea; y la de caballería del general Juvera, de los regimientos 5.º, 9.º, Morelia y Coraceros. La infantería constaba de 4.000 hombres; la caballería, de 1,500; la artillería, de 150; siendo por consiguiente el total de 5.650.

Indicarémos aquí tambien el derrotero que siguieron desde Querétaro, que fué el siguiente: á San Juan del Rio, Arroyozarco, Tula, Huehuetoca, Zumpango, San Juan Teotihuacan, Otumba, Apan, Haucatepec, Huamantla, Vireyes, Tepeyahualco, Perote, Jalapa y Cerro-Gordo.

Al llegar á Apan, seguia á la division un gran número de cansados con llagas en los piés y sin poder pasar adelante, por lo que se dispuso que continuaran la marcha esos infelices, unos en burros y otros en los carros que salieron de la capital, en su auxilio, y que los alcanzaron en el punto citado.

Los aprestos de la campaña continuaban: salian tropas de México y Puebla para reforzar las que iban en camino: se apresuraban las marchas de las brigadas; porque se conocia la dificultad de anticiparse al enemigo, y de aprovechar uno de los puntos en que la naturaleza presentara medios ventajosos de defensa: los del arte casi se juzgaban imposibles, en razon de que no se habian intentado cuando era fácil, y no se creia contar con el tiempo que dió el general Scott, deteniéndose algunos dias en Veracruz. El viérnes santo, dia 2 de Abril, salió el presidente de México con el cuartel general: el poder ejecutivo quedaba interinamente depositado en el Sr. D. Pedro María Anaya, nombrado por mayoría de sufragios en el congreso nacional.

El general en gefe se despidió de los mexicanos en una proclama, que daba por segura la victoria de nuestras armas, y concluia con una fuerte diatriva contra Veracruz, por la mancha que, se decia, su rendicion habia echado sobre su nombre. Semejante calificacion debe llamarse injusta. Veracruz no habia abierto sus puertas al invasor; Veracruz, abandonada á sus propios recursos, se habia defendido; Veracruz habia visto sus casas y templos arruinados, sus familias fugitivas y errantes, sus hijos muertos; Veracruz, en fin, no ha-

bia sucumbido sino cuando el sistema de ataque de los americanos probó claramente que sufriria los mayores estragos y una mortandad espantosa, sin poder dañar al enemigo, que desde una distancia fuera del alcance de nuestros tiros, arrojaba sobre la ciudad una lluvia de toda clase de proyectiles. Santa-Anna hubiera podido desear una defensa mas obstinada; pero no habia justicia para llamar manchada una conducta noble.

Para esperar al ejército invasor, se escogió definitivamente la posicion de Cerro-Gordo, adelante de Jalapa; famosa en tiempo de la insurreccion, y mirada por hombres científicos como un punto escelente para hacer la mas esclarecida defensa. A este sitio, como acabamos de ver, llegaron las brigadas del Norte, que habian caminado precipitadamente.

Y pues las tenemos ya en el término de su correría, aunque no en el de sus fatigas ni en el de sus peligros, detengámonos un instante á considerar en su conjunto las penalidades y trabajos que hemos visto en particular. Las tropas de que hablamos habian andado de San Luis á la Angostura 106 leguas; otras tantas de la Angostura á San Luis á la vuelta de la espedicion; 190 de San Luis á Cerro-Gordo, es decir, 402 por todas. Las marchas habian sido pesadísimas, las jornadas largas; se habia padecido hambre, sed, frio, viento, enfermedades, peste y miserias: se habia atravesado dos veces el desierto: en dos meses y medio no habia habido descanso; y en esa larga cadena de padecimientos, el primer eslabon era una batalla sangrienta en el Norte; el último fué una derrota desastrosa en el Oriente.

CAPITULO VIII.

POLKOS Y PUROS.

Fuerza es obligar á nuestra pluma á describir, no solo las desgracias de la guerra nacional, sino tambien los escándalos de la discordia civil, siendo en este capítulo tan verídicos como sea posible, y tan severos como exige la narracion de un escándalo que juzgamos no se volverá á repetir.

En otro capítulo hemos dicho cómo la gente acomodada, movida acaso por el instinto de su propia conservacion, se armó para contraponerse á la chusma en quien el gobierno de D. Valentin Gomez Farías depositaba las armas; chusma propiamente así llamada, pues ni era la tropa de línea sistemada conforme á la rigorosa Ordenanza española, ni era la Guardia Nacional compuesta de ciudadanos inteligentes, laboriosos y honrados. Ahora verémos cómo estos ciudadanos, que tanto habian servido en la capital, faltaron á su deber y perdieron, por aquel momento al ménos, todo el derecho que habian adquirido á la gratitud nacional. Hasta Churubusco y el Molino del Rey no lavaron la fea mancha que empañaba su patriotismo y su tersa reputacion como guardias nacionales.

Ya hemos dicho que desde que el congreso nombró presidente de la República al general Santa-Anna y vice-presidente á D. Valentin Gomez Farías, el disgusto fué casi universal, esceptuando, como es